

Lección de arte supremo a cargo de Teresa Berganza

El grupo Zarabanda acompañó a la mezzo

RICARDO HONTAÑÓN ● DM

SANTANDER. ¡Teresa Berganza de nuevo en Santander! El solo anuncio de la gran voz madrileña debía haber cantado el «no hay entradas» en el Palacio de Festivales de Cantabria. Pero lamentablemente no fue así, lo que a la hora de la verdad poco importa, porque lo importante a comentar en esta crónica es que la Sala Argenta hemos asistido a una lección de supremo arte por quien hace música con mayúsculas y con verdad.

La Berganza estuvo sencillamente colosal en un repertorio tan atractivo como exigente, y por lo tanto poco dado a gangas efectistas. No es preciso hablar de su depurada técnica, ni de su singular timbre, si hay que hacerlo al supremo arte que pone en todo cuanto recrea con portentosa sensibilidad y entrega a su hacer,

algo ya evidente en el «Gadueamos Omnes» de Tarquino Merula, con el cual se abrió todo un programa centrado en el Barroco europeo.

Siguió con el siempre moderno Claudio Monteverdi del que con prodigiosa dicción tradujo el aria «De é pur dunque vivo», pero el asombro que a todos nos puso los pelos de punta fue cuando interpretó proverbialmente el «Lamento d'Adrianna» también de Monteverdi, cargado de hondo dramatismo y de verdad conceptual. Fue una auténtica maravilla que ya en sí justificaba todo este glorioso concierto, completado por bellísimas cantatas de Georg Friedrich Haendel, Georg Philipp Telemann, Alessandro Scarlatti y Antonio Vivaldi.

A la colosal tarde de Teresa Berganza por todos los conceptos se unió la magnífica colaboración del conjunto Zarabanda formado



Teresa Berganza durante el recital ofrecido el pasado sábado en el Palacio.

DM

por Alvaro Marias, flauta, Alain Gervreau, violoncello barroco, y Rosa Rodríguez, clave. El respetable aplaudió con incomprensible cicatería a lo que la embelesadora mezzo respondió con una sugestiva tonada de Sebastián Durón.

La Sala Argenta ha sido asimismo el ámbito de otro gran concierto programado por los Amigos del Festival con la presencia

de la excepcional violinista rumana Silvia Marcovici, que con la compenetrada colaboración pianística de Pascal Roge, ofreció un programa fonográfico dedicado a Johannes Brahms.

El compositor hamburgués ha sido en el 97 obligado punto de referencia con motivo del centenario de su muerte.

Ahora hemos tenido una ejemplar versión de sus tres sonatas

para violín y piano, fruto de su madurez creadora y una de las cumbres en la historia de la música de cámara. La Marcovici, con plenos medios técnicos y expresivos los tradujo colosalmente sin ningún tipo de atecación. Creo que no son necesarios más matices.

Ha sido otra estupenda cita musical del año que no ha hecho más que empezar.